

Charla con los jóvenes en la embajada de España en Argentina*

Enrique Iglesias, Secretario General Iberoamericano y
Felipe González, ex presidente del Gobierno de España

ENRIQUE IGLESIAS, URUGUAY: (...) Yo creo que mi generación, la que ha nacido en la posguerra, no tuvo el privilegio inmenso que tiene la de ustedes, que es el privilegio de informarse y comunicarse, que nosotros tuvimos en una forma muy débil. Hoy en día, el gran activo de la gente joven es que tienen una capacidad de información disponible impresionante con los nuevos métodos que hay de comunicación, y de buscar formas de comunicarse entre ustedes. Yo creo que éste es un activo que deben aprovechar. Este tipo de encuentros apunta a eso, y me parece muy importante que se haga en el ámbito iberoamericano, de manera que felicito a todos por la iniciativa.

Quería plantear, en primer lugar, un tema que está muy presente. La crisis del llamado multilateralismo, que muchas veces se concentra en la acción de las Naciones Unidas. Yo soy un producto de las Naciones Unidas, creo en el sistema y, sobre todo, creo en las expectativas—yo era adolescente cuando surge la organización—, en el enorme impacto, esperanza y expectativas que hubo después de una guerra horrible, un genocidio del enfrentamiento de todos los fascismos del mundo. La Organización de Naciones Unidas fue una cosa muy importante; parecía que se habían abierto las puertas del cielo a la humanidad. En cierta manera, así fue. Las Naciones Unidas fueron el impacto de una gran esperanza abierta a un mundo nuevo basado en la pluralidad y la justicia.

* Fragmentos de la charla que tuvo lugar el 28 de octubre de 2006, en la embajada de España en Argentina, con ocasión de la I Cumbre de Jóvenes Iberoamericanos.

Luego, en los años noventa, cuando cayó el muro de Berlín, también nos dio un sentimiento de que algo iba a cambiar de forma fundamental. Creo que lo importante es reconocer que pasaron muchas cosas. El mundo de hoy no es el mundo de hace sesenta años. Crecimos en los avances en la tecnología, crecimos en los avances en la producción, crecimos en los avances de la salud, en las nuevas formas de producir y de consumir... pero el de hoy es un mundo que también está mostrando la incapacidad de transformar todo eso—que eran los grandes sueños y los grandes logros—en cosas concretas para lograr un poco más de equilibrio en la sociedad. Tenemos la mitad de la humanidad que vive en situación de pobreza, y de esos, la mitad que vive en situación de indigencia. Ahí hay un problema. Al lado de esto aparecen los nuevos desafíos que fuimos incapaces de controlar o impedir que se produjeran: las armas de destrucción masiva, las armas biológicas, los problemas que se derivan del terrorismo internacional, el crimen organizado... De manera que hay una enorme contradicción, en ese multilateralismo, entre lo que fueron los grandes sueños y las realidades. Los logros no fueron pocos—evitamos la tercera guerra mundial, por ejemplo—, pero hubo más de doscientos conflictos de todo tipo y nos enfrentamos, además, a la tremenda realidad de un mundo cada vez más desigual, donde los de abajo y los de arriba se distancian de forma alarmante, a causa de todos los elementos que acompañan ese gran desequilibrio social. Ésa debe ser una primera reflexión. Algo pasó pero, verdaderamente, no fuimos capaces de lograr lo que en aquel momento fue el principio de solidaridad—un invento de las Naciones Unidas, pues antes se hablaba de caridad, que es una cosa distinta, porque la solidaridad, que es hija de la justicia, no es lo mismo que la caridad, que es hija de la compasión—. La solidaridad surge con ese impulso nuevo de multilateralismo que fue la creación de las Naciones Unidas.

Frente al multilateralismo están apareciendo en el mundo, en los últimos años, los movimientos regionalistas, que en América latina han sido muy significativos. No digo ya Europa, con esta cosa realmente impresionante que es la Unión Europea, que si uno la mira con perspectiva histórica ha sido un logro realmente fenomenal. En el mundo de hoy, junto a ese multilateralismo ambivalente, tenemos el surgimiento impor-

tante de los movimientos de tipo regional, es decir, el vecindario. Los países se agrupan en torno a intereses de algún tipo: intereses políticos, intereses económicos, intereses sociales, culturales... Hay una sociedad donde la democracia se junta con los partidos políticos, con los gobiernos, con la acción de la sociedad y con los organismos no gubernamentales. El surgimiento de estos movimientos regionalistas cumple un papel importante en la sociedad en que estamos y equilibra un poco estas fuerzas desiguales a las que dio lugar el multilateralismo a lo largo de los últimos sesenta años.

Dentro del vecindario surge esta idea iberoamericana. Yo estoy embarcado en ella porque creo que funciona. Es una cosa importante esta aventura de ir creando lo que yo llamaría la Comunidad Iberoamericana. Un conjunto de veintidós naciones que comparten lengua—el español, la segunda gran lengua internacional, y la más creciente en el mundo—, comparten tradiciones, comparten valores y comparten intereses crecientes, cosa que no habíamos tenido antes. De modo que, de alguna manera, ahí hay un mundo que hay que armar. Lo están armando las cumbres—la semana que viene tenemos la decimosexta—y lo están armando los ministros, que se reúnen todos los años y están creando un espacio jurídico común, políticas en materia de salud, de educación, etc. De manera que hay una realidad que existe y que, de alguna forma, habría que hilvanar sobre la base de esta Comunidad Iberoamericana, que ya tiene un producto de más de tres billones de dólares. Juntas, América latina, España y Portugal llegamos a un producto significativo, y se pueden hacer cosas—en el campo del comercio menos, pero, en el campo de la inversión, España, hoy, es el segundo inversionista en América latina, y en algunos casos el primero—, de manera que hay una relación que se puede potenciar, basada en los elementos de la suma. Entre ellos, la cultura es una de las cosas más típicas y auténticas de este movimiento iberoamericano; es lo que nos une; es el lubricante que nos permite hacer muchas cosas. La cultura cuenta. Es importante que digamos a los jóvenes de todas las comunidades que la cultura no es un lujo ni un adorno, sino una parte fundamental de la forma en cómo vivimos y cómo nos relacionamos. Sobre eso hay que construir la gran aventura en que estamos embarcados. En eso es en lo que estamos trabajando ahora, en ver si algún día

llegamos a tener una Comunidad Iberoamericana, en un sentido profundo y explícito, que regule las relaciones entre nuestros países. ¿Es posible? sí; ¿será difícil? también. Nosotros nos proponemos tratar de movilizar a la gente joven para que las futuras generaciones puedan llegar a ver esa realidad de una Comunidad Iberoamericana de Naciones.

(...) Hoy tenemos una región difícil de explicar, con estas preguntas tan incómodas que nos hacen como: «Ustedes, con tantos recursos naturales, con tanta población mucho más educada, más sana, con mayor esperanza de vida... ¿por qué están donde están? ¿qué les pasa a ustedes?». Es una pregunta bastante complicada, pero es inevitable. Yo creo que, en el fondo, somos víctimas de una enorme ambivalencia. Basta ver, por una parte, el enorme potencial que tiene esta región en materia de recursos—yo mencionaba los recursos humanos, los quinientos cincuenta millones de personas, la riqueza natural de todo tipo—y, además, el enorme capital de experiencia que tenemos; experiencias malas, malísimas, y algunas buenas. Eso es un capital muy grande, porque hoy somos mucho más sabios que lo que éramos antes. Sabemos lo que no funciona y sabemos lo que funciona. En materia de desarrollo lo que hay que hacer se sabe. Nosotros hemos pasado por todos los esquemas imaginables. América latina ha sido el gran laboratorio económico, social y político. Ha habido de todo, desde economías altamente planificadas, a economías altamente liberalizadas. Tenemos un enorme *stock* de sabiduría acumulada. Sin embargo, por otra parte tenemos, en este momento, las grandes contradicciones: doscientos veinte millones de pobres. Es difícil de explicar que, con estos recursos naturales, con un ingreso de diez mil dólares per cápita, tengamos un cuarenta por ciento de pobres. La tasa de desempleo está bajando, pero sigue siendo todavía, en muchos países, de dos dígitos; y qué decir de las exclusiones, que tienen color—porque las exclusiones en América latina tienen color; son indígenas, son negros—. Pero la distribución del ingreso es el tema central de esta ambivalencia porque, en el fondo, todo el mundo mejoró un poco en América latina. Los pobres de hoy no son los pobres de hace treinta años, pero como unos pocos mejoraron de verdad esto genera una situación de insatisfacción y de pesimismo en muchos sectores de la sociedad.

De manera que tenemos un enorme potencial por una parte y estas ambivalencias por la otra. Yo pienso que hay una coyuntura excepcional en América latina, que es el hecho de que China y la India le pusieron un segundo piso al mundo, de golpe, y eso significa que somos parte de un nuevo modelo, en donde nosotros tenemos una enorme capacidad de vender materias primas, de vender agricultura, de vender minerales, de vender pesca, agua—el gran tema del futuro es el agua, y América latina es una región privilegiada por la providencia en esa materia—. Entonces, de alguna manera, tenemos una nueva situación en la que nos colocamos frente a una oportunidad que no hemos tenido nunca. A fines del siglo XIX y principios del XX, bajo el dominio económico inglés, tuvimos una oportunidad que se dio, pero nunca ha habido, en la historia de América latina, un impacto de tal proporción en las oportunidades como el que ofrece esta nueva realidad internacional. No queremos volver al siglo XIX y vender como hicimos entonces, por eso América latina tiene que llevar adelante una transformación que nos permita vender conocimiento, servicios, todo aquello que regule y que haga que, además de crecer en el producto, el crecimiento redunde en la igualdad social, en el empleo y en las oportunidades.

Yo creo que en todo este esquema, en esta gran ambivalencia, tenemos, además, algunos factores interesantes. Hay una dinámica de la sociedad latinoamericana que nunca antes habíamos conocido, producto de la democracia: la gente se expresa, se manifiesta, sale a la calle. Doce presidentes se han ido en los últimos quince años, todos ellos por la puerta constitucional, lo cual es importante ya que quiere decir que la democracia está funcionando. Hay una dinámica social que, a veces, es perturbadora, pero que debe ser una energía que encaminen los cuerpos políticos, ya que esto puede ser una forma interesante de armonizar un poco esta ambivalencia.

En este esquema yo creo que la idea central es el tema de cómo lograr concertar a los distintos grupos dirigentes de una sociedad—los cuerpos políticos, sociales y empresariales—. ¿Cómo se puede imaginar una política de concertación? Ustedes deben participar en esta cuestión. Debemos ver cómo es posible concertar los esfuerzos colectivos para partir del enorme potencial que nos abre el mundo actual y de la experiencia

acumulada—que, como he dicho, no es poca—para poner en marcha algunos puntos «pacíficos», como dicen los brasileros.

Hoy estamos en condiciones de demostrar que nuestros países son capaces de crecer. Argentina, la República Dominicana, Uruguay... estamos descubriendo que es posible crecer. Ciertamente, estamos apalancados por una realidad internacional que está detrás pero, cuidado, no se trata solamente de los precios de las materias primas. Estamos sabiendo hacer mejor las cosas, y esto lo digo porque, de alguna manera, los gobiernos progresistas, con críticas importantes a los modelos neoliberales de los años noventa, cuando llegan al poder hacen lo que tienen que hacer; todos respetan los valores macroeconómicos, respetan el buen manejo de la moneda, no se atan a políticas cambiarias fijas, no cierran las fronteras... es decir, hay problemas pero, en el fondo, hay un grueso de sabiduría incorporada en las políticas que es muy importante. En ese contexto yo creo que es posible ponerse a pensar cómo puede esta sociedad ponerse a hacer cosas.

La gran responsabilidad que ustedes tienen es lograr que el curso de nuestros países se modernice, que no sea obsoleto. Hay que tener la capacidad de ir decantando todas esas cosas, porque las opciones, en el mundo de hoy, se han ido limitando. En los largos años de mi vida yo vi cómo, en algún momento, parecía que habíamos descubierto la piedra filosofal, que la estabilidad del tipo de cambio iba a solucionar todo. No, hoy en día somos mucho más tranquilos para saber que eso no ocurre fácil, que no hay milagros. La economía milagrosa ya no se piensa más en América latina. Por tanto, sigan adelante y vean cómo se pueden decantar estas cosas generales, y cómo podemos renovar el nivel del debate en América latina, porque todavía estamos discutiendo cosas de los años sesenta; todavía estamos discutiendo, por ejemplo, el papel del Estado, el papel de la empresa, y eso ya está más o menos resuelto; ya se sabe cómo manejarlo. Ustedes tienen una capacidad de información y una capacidad de comunicación que no tuvimos nosotros. Si, uniendo ambas cosas, ustedes pueden hacer frente a este programa de cómo encontrar los puntos pacíficos de una nueva región que viva en el progreso, en libertad y, sobre todo, en justicia social, llegaremos a la conclusión de que la tarea que tenemos por delante es posible.

SAMUEL CELAYA, HONDURAS: ¿Cuáles serían, para ustedes, los temas fundamentales que podrían empezar un movimiento transformador, a largo plazo, de esta región iberoamericana?

ENRIQUE IGLESIAS: Ante todo, creo que hay que aprender a pensar en mediano y largo plazo. Desgraciadamente, las crisis que vinieron de los años ochenta—en los que no todo fueron pérdidas, pues se recuperaron la democracia y la sensatez—, con todas esas políticas inmediatistas y de supervivencia, condicionaron nuestra capacidad de pensar en mediano y largo plazo. Hay que tener perspectiva y, para ello, lo primero es tener algunas hipótesis a largo plazo. Hay que tener algunas ideas de para dónde va el mundo y para dónde va la región.

Lo primero es conocer qué está pasando en el mundo; lo segundo—que es la primera condición del pragmatismo—es entender qué funcionó y qué no funcionó, es decir, qué cosas funcionaron y por qué funcionaron ciertas cosas aquí y no funcionaron allí. Ésa es la pregunta importante: ¿Por qué ciertos problemas que se resolvieron en algunos lugares en otros no tuvieron éxito? Generalmente, esto está vinculado a la política y a las instituciones, por tanto, hay que ir viendo qué hay que hacer en materia macroeconómica para actuar con sentido común.

En segundo lugar, hay que ver dónde están los pilares del crecimiento y saber que con las riquezas naturales no es suficiente, que hay otras cosas—tenemos, por ejemplo, a Irlanda, que ha encontrado el punto de apoyo para su crecimiento en el conocimiento, en los recursos humanos—.

Por último, hay que ir viendo todos estos temas desde una perspectiva a largo plazo y con un sentido moderno. Nosotros, en América latina, hemos sido muy reacios a los estudios comparativos, que son una cosa anglosajona, pero es muy importante comparar, se aprende mucho. Nosotros hemos sido muy racionalistas, muy franceses, cartesianos... tenemos una idea y tenemos la realidad, y si, cuando la aplicamos, la idea no funciona, peor para la realidad. Esto no es bueno. Hay que mirar con sentido común, ver qué funciona y qué no funcionó y, poco a poco, ir rectificando los puntos de apoyo en los cuales hay que focalizar los esfuerzos.

(...)

JUAN CARLOS CELERA, VENEZUELA: Quería hacer una reflexión, yendo a lo local, al caso venezolano. Más allá de juzgar la política local, la reflexión que dejo es la complacencia o complicidad que, muchas veces, uno ve en países de la región para el caso venezolano. Si bien las cosas marchan bien para algunos, como es el caso de Argentina, Chile y muchos países de Centroamérica, pareciera que muchos aplauden al presidente de mi país en esas exposiciones ideológicas que, finalmente, no logran una base en la integración de la región. Esto refleja un poco, en mi opinión, que el concepto latinoamericano no busca problemas en la política interior.

FELIPE GONZÁLEZ, ESPAÑA: Respecto a este comentario, yo trataba de analizar, en mi intervención anterior, cuáles son las nuevas fracturas que se dan en los procesos de integración en América latina. Parte de estas fracturas, aunque parezca mentira, reside también en las compatibilidades de las relaciones personales. Ya sé que esto tiene poco que ver con el materialismo histórico, pero yo creo que el factor humano, en las relaciones de política, es un factor fundamental. Quiero decir que el presidente Chávez tiene una gran capacidad de empatía, de comunicación personal, y tiene, quizá, la gran ventaja de que se puede discutir con toda franqueza con él—al menos a mí me ha dado esa oportunidad—de las cosas en las que uno puede estar o no en desacuerdo.

(...) Mire, yo no voy a entrar en la realidad de ninguno de los países. Venezuela está conociendo un fuerte crecimiento de la economía, una liquidez enorme, y probablemente el crecimiento no viene sólo del petróleo. Los países que están funcionando mejor en América latina son los que crecen más en su producto bruto que en el diferencial que representa el crecimiento de los valores sujetos a precio. Imaginemos los dos polos, el mexicano y el argentino. Uno puede evaluar perfectamente si el crecimiento de los últimos años equivale estrictamente al crecimiento de las materias primas o si, además del crecimiento en las materias primas, ha habido un crecimiento autónomo por buenas políticas económicas. En Chile, por ejemplo, sin duda a Ricardo Lagos le vino muy bien

el crecimiento de las materias primas, pero esto sólo explicaría un punto y medio o dos puntos de su crecimiento, los otros tres puntos y medio o cuatro puntos se deben a buenas políticas económicas; en Argentina, por lo menos en los últimos tres o cuatro años, es imposible explicar un crecimiento del ocho o nueve por ciento sólo porque van bien las materias primas; en México, probablemente, el crecimiento es muy equivalente al crecimiento de los precios del petróleo, por tanto, el resto de la actividad económica no ha crecido. Hay, por tanto, algo más que analizar, incluso en Venezuela. Yo, como el presidente Chávez me ha dado la oportunidad de decirle las cosas personalmente, tal como las pienso—y él me contesta, naturalmente, tal como piensa—voy a extremar la prudencia, en el sentido de decirle en persona algunas cosas que pienso, y una de las cosas que le he dicho, y que le ha dicho el público más de una vez, es que algunos discursos—que son discursos integracionistas y seguramente de buena fe—producen un ritmo de integración infinitamente menor que los no discursos que suponen los ya catorce tratados de libre comercio firmados y en funcionamiento. En ese sentido es en el que hago una apelación al pragmatismo, no en el sentido de abandono de las ideas, sino en el de luchar por las ideas para que se transformen en realidades. (...) En lo regional, hay que atender a los problemas que de verdad se están planteando en la integración regional, es decir, si el Mercosur tiene que llegar a la costa del Caribe, al menos tiene que dejar de llamarse Mercosur, tendrá que llamarse de otra manera—salvo que la vocación «sur» sea todo el continente—. El Mercosur no puede ser una opción político-ideológica. En el debate en Ecuador he visto que uno de los candidatos decía: «yo me salgo del Pacto Andino y me voy al Mercosur»; esto es como si Egipto dijera: «yo me voy de la Liga Árabe y me meto en la Unión Europea». No, hay elementos que son de compatibilidad y continuidad territorial.

(...)

ISABEL RODRÍGUEZ, ESPAÑA: Mi pregunta va dirigida a nuestro compañero Felipe González, que en su exposición mencionó lo que él ha denominado «el desafío de la importancia de la mujer», uno de los aspectos que más discutimos en una de las mesas de trabajo. Quería preguntar-

le cuáles cree que son las acciones concretas, para ser pragmáticos, que debemos llevar a cabo para avanzar en este nuevo desafío que es la mujer en el siglo XXI en el mundo y en Iberoamérica.

FELIPE GONZÁLEZ: Mi aproximación a este tema, que forma parte de un trabajo que me encargaron sobre la globalización y sus efectos hace diez años en la sede de la asamblea de la Internacional Socialista, abordó el tema del impacto del porcentaje de mujeres en los flujos migratorios, que está produciendo algunos problemas en la sociedad latinoamericana que todavía son incipientes, pero que se agrandarán y agravarán. Y es que, en muchas de las sociedades latinoamericanas, la mujer es el cabeza de familia, «la» y «el» cabeza de familia. Es decir, la articulación familiar se hace en torno a la mujer como responsable de la familia. Cuando la mujer emigra, uno de los efectos que se producen es el riesgo de desestructuración del núcleo familiar—alguna vez está la hermana, o la abuela, que se hacen cargo, pero el núcleo familiar no pasa a ser un núcleo familiar dirigido y asumido responsablemente por el hombre—. ¿En América latina se está con retraso en eso? En parte sí, pero es muy caótico el continente, hay muchas situaciones distintas. Por ejemplo, el país más modernizador en derechos de la mujer del mundo fue, en su día, Uruguay, que fue el único país donde existía el repudio femenino, es decir, el derecho unilateral de la mujer a divorciarse, en el año diecisiete del siglo pasado, hace ya casi un siglo. Por tanto, las situaciones no son muy equiparables. Por ejemplo, en la Venezuela que yo conocí el activismo político de las mujeres era fortísimo, su participación en puestos de responsabilidad era muy limitada, pero el activismo era muy fuerte. Me atrevería a decir que en Chile el activismo político de la mujer, al margen de que la primera vez que llega a la presidencia una mujer sea ahora, es también muy fuerte en relación con el hombre, más que en Argentina, donde también ha habido un fuerte movimiento de la mujer. Por tanto, la situación es muy desigual. En comparación, Estados Unidos ahora está planteando apenas la posibilidad de que una mujer pudiera competir para la presidencia, algo que jamás se le ha pasado por la cabeza a nadie, jamás. Ahora se apunta la posibilidad, aunque yo creo que la mayoría de los norteamericanos no se lo creen. Por tanto, en América latina, en eso, no se está,

digamos, más que en retraso relativo respecto de una parte de Europa y del mundo escandinavo.

Lo que se debería hacer es intercambiar experiencias, hacer un *back ground* de cuáles han sido los obstáculos para unos y para otros para avanzar en el camino, porque lo que decía antes era una afirmación que necesitaría mucho más análisis. El impacto de la presencia de la mujer en la vida política, en la vida social y en la vida económica va a ser creciente, y va a transformar profundamente las sociedades.

(...) Les doy otra señal de por dónde va a ir el mundo. El nuevo premio Nobel que se concedió—como premio Nobel de la paz, que me parece más meritorio que el de economía—al gran inventor de los microcréditos. El éxito de los microcréditos se debe, en el noventa y ocho por ciento de los casos, a los microcréditos que se entregan a las mujeres. Son las mujeres las receptoras de los microcréditos, y el microcrédito—al revés de la subvención por razones éticas o morales de la bolsa de comida, de la que alguna vez hablé con Lula—sí que es ciudadanía y empieza a crear bases de desarrollo. Crea ciudadanía porque crea compromiso, es decir, derechos y obligaciones; y es base de desarrollo porque el microcrédito, para devolverlo, tiene que ser empleado en una actividad productiva que genere excedente, que te permita devolverlo, pedir otro y seguir aumentando tu capacidad productiva; mientras que la bolsa de comida se consume y no crea excedente ni actividad complementaria. Lamentablemente, en esta última acción es en la que caen muchos gobiernos.

ERIC FERNÁNDEZ, GUATEMALA: Parece que la crisis de ideas, a la que aludía el ex presidente González, todavía no alumbra nuevas opciones para Latinoamérica. Hasta parece, a veces, que los fondos de cooperación internacional y los fondos de instituciones financieras internacionales contribuyen, sí, a transformar un poco los países, pero más a estabilizar las condiciones como para que estas ideas no surjan espontáneamente en nuestros países. Entonces, haciendo más o menos un recuento del debe y el haber que—como jóvenes que tenemos el futuro en nuestras manos—tenemos para comenzar con la tarea, me gustaría preguntar cómo potenciar nuestra cultura, nuestras culturas, como una riqueza de la región. Yo vengo de Guatemala, un país con grandes diferencias, donde la mayoría

de la gente indígena es pobre, y me cuesta mucho pensar cómo darle vía a la cultura como una forma de resolver problemas.

ENRIQUE IGLESIAS: Mire, en primer término, la cultura ya es una fuente importante de aporte a la economía de los países. Las industrias culturales hoy representan entre un cinco y un seis por ciento de contribución al producto nacional—en España ya están arriba del seis por ciento; nosotros estamos por ahí más o menos—es decir, hay una forma muy significativa de contribución a través del empleo, a través de la contribución al balance del paro y a través de las divisas. En materia de cultura América latina tiene desde la industria del libro, pasando por las industrias musicales, y terminando por todo lo que significan las contribuciones de las artes. Yo creo que somos una potencia importante.

El segundo elemento es una preocupación, pero lo dejo como una reflexión: Cómo la política tiende a tener mayor eficacia en su ejecución cuando toma en cuenta las sensibilidades y la manera de ser de la gente. Yo creo que nosotros, muchas veces, no hemos tenido en cuenta ese ámbito cultural que rodea la eficacia posible de refrendar políticas económicas.

En tercer lugar, nosotros tenemos, en el Banco Interamericano, una experiencia muy grande en materia de microcréditos desde hace treinta años. Ahí nos dimos cuenta, por ejemplo, de que con el microcrédito se potencia la familia, a la mujer—en el caso de América latina, el sesenta por ciento de las microempresas son microempresas femeninas—y la unidad familiar. Esto demuestra que la gente sabe asociarse para prosperar. El éxito de la asociación cooperativa, por ejemplo, es un valor cultural importante.

Yo te diría también que la cultura está en la base de la solidaridad. Si realmente los pobres han sobrevivido a través de los siglos es porque hay un tipo de solidaridad que está en la base social, y esto también es un valor cultural importante que puede potenciar esto que expusimos antes: ¿Hay rutas culturales? ¿Hay actitudes que pueden potenciar el éxito o no de algunas políticas? ¿Existen elementos, además, que basándose en ciertos valores de la sociedad nos pueden mover adelante? Los principios de asociación, que son tan importantes en América latina, son un valor cul-

tural que hay que aprovechar, que hay que potenciar. Por ejemplo, en tu país, Guatemala, la estructura indígena es la base fundamental para hacer cosas, y eso debe hacerse desde la base de la solidaridad. Ahí hay varios elementos que debemos recordar. Muchas veces importamos las políticas sin darnos cuenta de que esas políticas se van a insertar en un ámbito cultural específico. Conocer las condicionantes de ese ámbito es muy importante para que las políticas tengan éxito.

FELIPE GONZÁLEZ: Voy a completar lo que ha dicho Enrique. La cultura es una variable muy importante para el empleo, en el sentido amplio de la palabra «cultura». Pero tenemos que superar algunas cosas. Por ejemplo, la gente que conozco en México, de un cierto nivel, es mucho más fácil que conozcan bien las pirámides de Egipto que las pirámides mayas, y que hablen con más propiedad de esos monumentos culturales o de cualquier otro europeo. Lo mismo diría de todo el continente hasta Argentina. La riqueza, el patrimonio cultural de América latina, no lo conocen los latinoamericanos.

Segundo, algo que siempre me ha preocupado. Una parte del problema indígena no es de indigenismo, sino de indigencia, de marginalidad. En el altiplano, en Bolivia, el problema que se plantea no es de reclamación cultural—cultural tradicional—sino de reclamación de empleo, de salud y de oportunidades de educación para los hijos. Ésa es la preocupación básica de la gente que vive en el Alto, aunque su origen sea del lago Titicaca y de la comunidad aymará. Por tanto, en eso creo que tenemos que tener las ideas lo más claras posibles, sobre todo para vosotros los jóvenes, porque esto va a tener una enorme trascendencia. (...) Las comunidades originarias—y esto es algo que me ha interesado mucho, debo confesar que es una pasión personal—son absolutamente impecables en el trabajo que se refiere a sus pautas culturales originales. Impecables. Sin embargo, no tienen sentido de la impecabilidad en la tarea que sale de ese trabajo. Alguien es capaz de tallar de manera maravillosa la calabaza, aunque sea para uso común, pero no es capaz de poner una instalación de grifería o de cañerías razonablemente impecable. Por tanto, hay que hacer una reflexión en serio sobre por qué la gente tiene un compromiso de impecabilidad y qué tiene que ver eso con su propio compromiso sobre la

tarea bien hecha, para intentar sacar fruto de eso. Hay que pensar cómo se puede hacer de la cultura un desarrollo económico y social como el que decía Enrique Iglesias.

Quiero decir una cosa antes de que nos vayamos. Creo que el margen de error—para hacer políticas alternativas de los gobiernos, decía Enrique—se ha estrechado mucho. Hemos aprendido mucho de los errores y de los aciertos. Creo que es verdad, pero el margen para hacer las cosas bien es más pequeño que el margen para desbaratar lo que se ha hecho bien, y eso seguirá siendo verdad siempre. Toda obra humana es muy costosa de hacer, de realizarla bien, y es muy fácil de destruir, cosa que se hace en mucho menos tiempo. El margen para el disparate no se ha reducido, lo que se ha reducido es el margen para que la gente disparatada continúe en el poder, porque los sacamos. Ésa es la gran ventaja de la democracia: no garantiza el bien ni el buen gobierno más que a largo plazo; lo que garantiza es que nos sacamos de encima a los que no nos gustan, a diferencia de lo que sucede con las dictaduras.